

EL **CHOQUE** DE **CULTURAS**



Un punto de vista nuevo y revolucionario que ayuda a comprender la relación entre los humanos y los perros

Jean Donaldson

Jean Donaldson ofrece un punto de vista apasionante sobre la ancestral relación entre la humanidad y los perros. El trabajo con sus propios perros y con los de sus clientes, sumado a sus trabajos de investigación y sus estudios al lado de otros conductistas caninos la han llevado a la conclusión de que, con casi total seguridad, los perros aprenden exclusivamente a través del condicionamiento operante y del condicionamiento clásico.

Donaldson demuestra que la extendida y errónea concepción antropomórfica sobre los perros y sobre su comportamiento no se limita a una exageración sobre la inteligencia canina. Mucha gente se desilusiona enormemente cuando se da cuenta de que se necesita artillería pesada (es decir, comida y otros refuerzos primarios) para adiestrar a sus perros. Donaldson rebate esto elocuentemente con la convicción de que ya va siendo hora de que nos despojemos de la creencia de que los perros pueden mostrar un deseo por agradar. A lo largo de varias generaciones se ha tildado de inadaptados a muchos perros totalmente normales simplemente por el hecho de necesitar motivación.

El comportamiento agresivo en los perros domésticos es un asunto de vital importancia que hace tiempo que se tenía que haber tratado abiertamente. Trabajar con la rehabilitación de perros domésticos agresivos le ha hecho entender a Jean Donaldson que no hay dos tipos de perros: los buenos (que nunca muerden) y los ariscos (que sí muerden). En su lugar, sostiene que morder es algo natural y normal en el comportamiento de un perro.

El comportamiento agresivo dentro de una comunidad de perros no fractura las relaciones y se toma con mucha calma, al igual que los humanos aceptamos el intercambio puntual de palabras acaloradas entre nosotros. Los problemas surgen cuando las reglas y estándares caninos entran

en conflicto con los valores humanos. Al final, en lugar de rehabilitar a los perros mordedores para integrarlos en la cultura de los humanos, directamente se les sacrifica. He ahí el choque de culturas.

A Lassie

Mi más sincero agradecimiento a Ian Dunbar por sus consejos, sus ánimos, influencia e inspiración, y a Martin Coles por su apoyo y consejos, así como por haber realizado las fotografías y elaborar el diseño de cubierta. Gracias también a Carolyn Clark, Irene y Bill Donaldson, Susan Gillett, Bun Hong, Kin Hong, Delva Howell, Joan McCordick, Cathy McNaughton, Judy Miller, Kathy Pickel y Diana Shannon.

Prólogo

El choque de culturas es especial. Esta primera obra de Jean Donaldson es francamente el mejor libro sobre perros que he leído en toda mi vida. Es genuinamente único y sumamente fascinante, y literalmente desborda de información tan novedosa que prácticamente reformula los últimos parámetros en el comportamiento y adiestramiento caninos. Escrito con el inimitable estilo informal y a la vez preciso de Jean, el libro se desarrolla como una excelente novela de suspense. De hecho, llegué a leer el manuscrito tres veces seguidas antes de su publicación.

El choque de culturas nos presenta a los perros como son en realidad, despojados de su linda imagen hollywoodiense y con su adorable filosofía de «¿puedo comerme eso?, ¿morderlo?, ¿hacerme pis en él?, ¿me servirá para algo?». Destaca en todo momento el enorme cariño que Jean siente por los perros y su profundo conocimiento de la mentalidad canina. Defiende enérgicamente el punto de vista del perro y muestra una constante preocupación por su educación y bienestar.

El choque de culturas se suma a un grupo inconfundible de publicaciones y se sitúa a la cabeza de ellas. Como la obra de Karen Pryor «¡No lo mates... enséñale!», *El choque de culturas* ofrece una perspectiva refrescante y original. Al igual que los libros de Gwen Bohnenkamp, *El choque de culturas* deja de lado condiciones y salvedades y no se an-

da con rodeos: esto es lo que hay, ¡ahora educa a tu perro! Sin duda, el libro de Jean es el mejor libro sobre perros que hay en el mercado, el libro de cabecera de propietarios y adiestradores. Un libro con pedigrí. Hazte un gran favor a ti mismo y a tu perro: ¡léelo! Y esperemos que pronto aparezcan más libros de Jean Donaldson.

Ian Dunbar
Berkeley, California
31 de mayo de 1996

1. Entender la perspectiva del perro

Walt Disney contra B. F. Skinner

En un libro publicado recientemente se menciona el «código moral» de los perros. Este libro se convirtió en un best seller. Parece ser que la mayoría de la gente sigue creyendo en la idea del perro de Walt Disney: que es *muy inteligente*, es honrado, es capaz de vengarse y de idear planes, resuelve problemas complejos y entiende el valor de los objetos que hay en la casa de Walt. Nadie quiere al perro de B. F. Skinner, la caja negra con una entrada y una salida que obviamente no es el miembro peludo de la familia. Creo que se ha realizado el marketing equivocado. Skinner tenía razón pero ha tenido mala prensa. Hay que presentar la verdad de modo que la gente empiece a aceptarla, créersela. Tiene que ser así, porque no hacerlo ha causado la muerte de un sin fin de perros. He aquí un ejemplo para ilustrar la diferencia:

Se ha regañado a un perro cada vez que se le ha descubierto mordiendo los muebles. Ahora el perro se abstiene de morder los muebles cuando el amo está en casa pero se vuelve destructivo cuando se queda solo. Cuando el amo llega a casa y ve los destrozos, el perro se escabulle, con las orejas para atrás y la cabeza gacha.

Teoría de Walt: el perro aprende de la reprimenda que no está bien morder los muebles. Al perro no le gusta que el amo lo deje solo y para vengarse de él muerde los muebles cuando éste se va. En otras palabras, realiza deliberada-

mente un acto que sabe que está mal. Cuando el amo vuelve a casa el perro se siente culpable por lo que ha hecho.

Teoría de Skinner: el perro se da cuenta de que morder los muebles es peligroso cuando el amo está presente, pero que no hay ningún peligro cuando el amo se ausenta. El perro se siente ligeramente ansioso cuando se queda solo y mordisquear algo le hace sentirse mejor. Más tarde, cuando el amo vuelve a casa, el perro realiza señales de calma para evitar o aplacar el castigo que sabe que le suelen aplicar llegado este momento. La llegada del amo a casa y/o la conducta que precede al castigo se han convertido en un aviso: el perro sabe que está a punto de recibir un castigo. No sabe por qué.

No cabe duda de que la segunda teoría es la correcta. La cuestión ya no es qué interpretación es la verdadera sino por qué seguimos debatiendo esta cuestión. Sorprendentemente esto se sabe desde hace décadas y aún así la mayoría de los propietarios de perros sigue sin enterarse. ¿Cómo es posible que en pleno 2003 sigamos discutiendo sobre esto? Parece que independientemente de las pruebas de que se disponga no es posible diseñar un modelo conductista políticamente correcto. Las implicaciones son muy importantes.

El poder de permanencia del distorsionado punto de vista del perro suave y tierno está relacionado con lo mucho que nos gustan. Queremos que sean espabilados y moralmente «buenos». Consideramos que en la sociedad actual los perros son superiores a las personas en cuanto a lealtad y fiabilidad. El modelo conductista, a pesar de ser ineludiblemente verificable, no ha calado en la corriente dominante porque parece reducir a los perros a dispositivos de entrada y salida. Creo que al aceptar este punto de vista despojaremos a los perros de su estatus de humanos honora-

rios. De aquí se desprende lógicamente que a algunas personas les costaría más utilizar a los perros como sustitutos de los hijos y que aparecerían consecuencias negativas para el bienestar de los perros. Los humanos, como la mayoría de los animales, somos tribales: nuestra compasión y consideración por otros seres se identifica plenamente con nuestra percepción de la similitud que guardan con nosotros. En cuanto aparecieron indicios de la adquisición del lenguaje en los chimpancés se empezaron a formular muchas cuestiones morales. Sin esa capacidad para el lenguaje, de alguna manera era más aceptable tener una actitud utilitarista hacia ellos. Esto se debe principalmente a que se sigue aceptando el prejuicio contra la falta de inteligencia. La historia de nuestra especie está salpicada de una violencia y terror atroces, perpetrados principalmente porque las víctimas se encontraban fuera de la que concebíamos como nuestra tribu. Los límites tribales actuales están muy relacionados con el coeficiente de inteligencia y con la integridad moral. Indudablemente, estamos muy ligados a los perros. Para explicar ese sentimiento exageramos y decimos que somos muy parecidos en inteligencia y moralidad. No obstante, puede que estemos preparados para aceptar la especie real. La cultura en la que vivimos actualmente es más consciente de la importancia de la tolerancia y de la validación. Los perros no son como nosotros, no se nos parecen tanto como pensábamos, pero no importa. Aún así podemos establecer lazos con ellos, compartir con ellos nuestras vidas o utilizarlos como sustitutos de nuestros hijos, todo sin reparo alguno. No tenemos que cambiarlos por completo para legitimar nuestros sentimientos hacia ellos. Ellos son importantes y fascinantes tal y como son, no necesitan que se les fomente la inteligencia o la moral para merecerse un trato justo o un hueco en la familia.

Se hace necesario afrontar la realidad, no sólo porque el punto de vista antropomórfico ya no tiene razón de ser:

siempre ha perjudicado de alguna forma a los perros. Aunque en un principio hubiese valido la pena crearlo ya no es necesario seguir usando este esquema puesto que hoy en día pensamos en otros términos y ya no hay vuelta atrás. Los mayores beneficios para el bienestar de los perros radican ahora en olvidarse del mito de Lassie y sustituirlo por información de dos fuentes: el comportamiento canino y la ciencia del aprendizaje animal. De acuerdo con las corrientes dominantes, es nuestra responsabilidad conocer las necesidades de las especies con las que deseamos convivir además de saber cómo modificar su comportamiento con el mínimo desgaste posible, de modo que encajen en nuestra sociedad sin tener que subyugar totalmente su naturaleza.

Cabezas de chorlito, pero aun así los adoramos

Hay dos áreas en las que abundan los mitos y los vacíos de conocimiento:

1. el comportamiento canino, es decir, la dotación genética y las limitaciones o «programas» inherentes al perro, y
2. el aprendizaje animal, es decir, los principios básicos sobre cómo afecta la experiencia al comportamiento de los perros y de otros animales, incluidos nosotros.

Los humanos aprendemos a través del condicionamiento operante y del condicionamiento clásico. Partiendo de este punto de vista, somos como los perros. No obstante, a diferencia de ellos, nosotros somos maestros en el aprendizaje por observación y comprensión. Disponemos del lenguaje para transmitir nuestros pensamientos, podemos desplazarnos mentalmente del pasado al presente y futuro, y pensar de modo abstracto. Interiorizamos valores que hemos aprendido a través de premios y castigos, y la mayoría de

nosotros desarrollamos cualidades como la compasión, la conciencia o un sentido común de lo que está bien o mal. Si somos consecuentes con nuestros valores ganamos autoestima, un sentimiento de integridad. Por su parte, los perros son totalmente ajenos a estos aspectos. Son egoístas al máximo y de la forma más inocente. Lo más probable es que los perros aprendan casi exclusivamente a través del condicionamiento operante y clásico. Aunque la sociedad favorece algunos de sus comportamientos, existen pocos indicios de que aprendan por observación o imitación. No por ello son estúpidos o menos valiosos de lo que eran cuando creíamos que podían pensar como nosotros. Este aspecto es muy importante. Los perros aprenden fácilmente, son capaces de distinguir diferencias muy sutiles en su entorno, tienen una enorme capacidad olfativa, saben cómo reaccionar en entornos sociales adversos, tienen una vida emocional muy rica. No obstante, no son capaces de pensar de modo abstracto, son amorales, no pueden desplazarse mentalmente hacia delante y hacia atrás en el tiempo, no entienden nuestro lenguaje aunque pueden aprender a distinguir la importancia de algunas palabras.

Esto no debería ser un trago tan amargo, pero considero que la discriminación social basada en la inteligencia a la que me he referido anteriormente, mina cualquier valoración realista de los perros. Todos nosotros, al menos de puertas afuera, condenamos la discriminación por motivos de raza, sexo, edad o apariencia física, pero persiste la sutil y constante tiranía del poder mental. Es la institucionalización de la capacidad de inteligencia. Reflexiona un momento sobre cómo te sentirías si utilizases ratas en el laboratorio para realizar experimentos con drogas y luego se descubriese que las ratas son seres sofisticados, pacifistas, con sentimientos y con un coeficiente de inteligencia superior al de la media humana. Podemos seguir haciendo lo que queramos con ellas, pero nuestra justificación interna tiene me-

nos que ver con ese poder y más con el hecho de que, al fin y al cabo, no son criaturas muy inteligentes. ¿O acaso sí?

Los perros están muy dotados, pero realmente su capacidad mental no es comparable con la de los humanos. Recientemente se ha publicado un libro de más de 250 páginas dedicado a la inteligencia de los perros. Obviamente nos fascina la idea de que los perros puedan, y digo puedan, ser muy, muy inteligentes. ¿Por qué seguimos utilizando este criterio, la inteligencia, para evaluar a otras especies? La razón, obviamente, es que es nuestro punto fuerte. Cuando descubramos que los perros tienen otras cosas que son todavía más fascinantes, la inteligencia se convertirá en algo anecdótico. La capacidad discriminatoria de los perros en el condicionamiento clásico, su habilidad con el hocico, su capacidad para desenvolverse en entornos sociales complejos, sus percepciones y los vínculos que establecen son tópicos inabarcables e inmensos, pero para la «inteligencia» bastaría una publicación reducida, por lo menos tanto como un libro sobre la capacidad de los humanos para detectar bombas con el olfato o para guiarse por eco-localización.

Buscamos ardientemente las abundantes anécdotas de perros que son verdaderos genios. Seguro que todos hemos oído alguna historia que ilustra lo «listos» que son, pero los defensores del razonamiento en los perros aún no han respondido a una pregunta fundamental: si los perros son capaces de estas proezas del poder de la mente, ¿por qué no las realizan *constantemente*?, ¿por qué nunca lo hacen cuando se les está haciendo un seguimiento? Lo que más me molesta de estas afirmaciones es la falta de rigor en su evaluación. Todo esto me recuerda a aquellos que aventuraron conclusiones imposibles sobre hechos como los círculos que aparecen en los campos de trigo en Inglaterra. Antes de especular que los círculos fueron hechos por extraterres-

tres hay que descartar otras explicaciones más factibles como que los hayan hecho unos bromistas muy sofisticados. De hecho ésta ha resultado ser la verdadera explicación, revelada después de que se despertase un gran interés por las teorías de los extraterrestres. De igual modo, antes de aventurar conclusiones sobre si el perro piensa de modo abstracto o si tiene valores morales, hay que desechar primero la explicación basada en la teoría del aprendizaje. Me cuesta creer que el valor de mis perros se base en mitos y exageraciones, como si su realidad no fuese lo suficientemente remarcable. Su valor proviene de que son seres reales, del hecho de ser perros. No necesitan que se les engrandezca su capacidad mental. Son dignos y maravillosos tal cual son.

Entonces, ¿en qué medida perjudica a los perros el mito de Walt Disney? Al atribuirles inteligencia y moralidad, también se les atribuye la responsabilidad que éstas implican. En otras palabras, si el perro sabe que está mal destrozando muebles y aun así lo hace intencionadamente y con malicia, y a continuación se da cuenta de que lo que ha hecho está mal y se siente culpable, parece que se merece un castigo, ¿no? Bien, eso es lo que se ha estado haciendo hasta ahora, imponerles un castigo excesivo. Los predisponemos para todo tipo de castigo al sobreestimar su capacidad para razonar. Resulta interesante que el modelo conductista «mecánico» es precisamente el que al final logra que el perro haga lo que le pidamos. En el modelo más «blando» se le presentan al perro problemas que no puede resolver y luego se le castiga por ello. Lo más triste es que la mayoría de los perros suele asociar directamente el castigo con la presencia de su dueño. Parece que esto cambia radicalmente el planteamiento de lo que se supone que es amar a los perros por el hecho de ser muy listos.

La teoría del aprendizaje, es decir el conductismo, es la mejor herramienta de que disponemos para entender y modificar el comportamiento de nuestros perros. Es la mejor en términos de eficacia y por extensión en términos de reducir al máximo el desgaste del perro y de la relación perro-hombre. La enorme falta de voluntad para aceptar y desarrollar nuestra pericia a la hora de aplicar la teoría del aprendizaje se apoya en principios que se desmoronan al analizarlos detalladamente. La base científica deja a la gente indiferente a pesar de que, como hemos señalado, el modelo más «blando» sienta las bases de un sinfín de castigos para esos seres brillantes, morales y al mismo tiempo transgresores. Mi punto de vista es que al aplicar las teorías de la ciencia conductista los perros no se degradan ni quedan reducidos a la categoría de ratas de laboratorio. De hecho me enfurece la inadmisibile ironía de que miles y miles de ratas y perros hayan vivido en condiciones deplorables en muchos laboratorios y que se les haya sometido a una gran cantidad de horribles experimentos para descubrir los principios básicos del aprendizaje animal. Una de las aplicaciones más claras del conocimiento obtenido por estos medios sería el adiestramiento de perros ¿cierto? Algo así como una moneda de dos caras para la especie: primero se los utiliza en los experimentos, después no se dan a conocer los resultados a la opinión pública, y se les sigue castigando por ser increíblemente listos... De todas las ventanas posibles para comunicarse con los perros, el condicionamiento operante es la ventana por la que entra más luz. Deberíamos empezar a utilizarla.

La falacia del «deseo de complacer»

El punto de vista antropomórfico del comportamiento canino no se reduce a exagerar la inteligencia de los perros. También malinterpretamos el concepto que ellos tienen de